



**Effects of Drug Use among Adolescents Aged 12 to 16: A
Contextual Study in Chetumal, Quintana Roo**

**Efectos del consumo de drogas en adolescentes de 12 a 16
años: estudio contextual en Chetumal, Quintana Roo**

Para citar este trabajo:

López Paredes, N. N. . (2026). Efectos del consumo de drogas en adolescentes de 12 a 16 años: estudio contextual en Chetumal, Quintana Roo. *Educational Regent Multidisciplinary Journal*, 3(1), 1-9. <https://doi.org/10.63969/eqm2ke16>

Autores:

Nidia Naomi López Paredes

Universidad Vizcaya de las Américas Campus Chetumal

Chetumal Quintana Roo - México

naomilopezp204@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0002-9643-2475>

Autor de Correspondencia: Nidia Naomi López Paredes, naomilopezp204@gmail.com

RECIBIDO: 29-Marzo-2026

ACEPTADO: 12-Abril-2026

PUBLICADO: 26-Abril-2026



Resumen

La delincuencia juvenil en contextos escolares representa un fenómeno social complejo que no puede comprenderse desde explicaciones lineales o reduccionistas, sino a partir de la interacción dinámica de factores individuales, familiares, escolares y comunitarios. El presente estudio tiene como objetivo analizar, desde un enfoque cualitativo, los factores multifactoriales que inciden en la comisión de conductas tipificadas como delitos en adolescentes de nivel secundaria en Chetumal, Quintana Roo. A partir de la aplicación de entrevistas semiestructuradas, se recuperaron las percepciones, experiencias y significados construidos por los propios adolescentes en torno a su comportamiento y a las condiciones de su entorno inmediato. Los hallazgos evidencian que la delincuencia juvenil no emerge de manera espontánea, sino que se configura progresivamente en contextos caracterizados por conflictos familiares, debilidad de los vínculos afectivos, limitada supervisión parental, deficiencias institucionales en el ámbito escolar y una fuerte influencia de pares. Asimismo, se identifica que el uso intensivo de redes sociales amplifica las dinámicas de violencia y contribuye a la reproducción de conductas de riesgo. De manera relevante, se observa una tendencia a la normalización de ciertas prácticas antisociales dentro de la vida cotidiana escolar, lo que refleja procesos de habituación frente a la violencia.

Palabras clave: Delincuencia juvenil; percepción social; contexto escolar; factores de riesgo; adolescencia.

Abstract

Juvenile delinquency in school contexts constitutes a complex social phenomenon that cannot be understood through linear or reductionist explanations, but rather through the dynamic interaction of individual, familial, school, and community factors. This study aims to analyse, from a qualitative perspective, the multifactorial elements that influence the commission of behaviours classified as offences among secondary school adolescents in Chetumal, Quintana Roo. Through the use of semi-structured interviews, the perceptions, experiences, and meanings constructed by the adolescents themselves regarding their behaviour and the conditions of their immediate environment were explored. The findings demonstrate that juvenile delinquency does not emerge spontaneously; instead, it develops progressively within contexts characterised by family conflict, weakened emotional bonds, limited parental supervision, institutional shortcomings within the school setting, and strong peer influence. Furthermore, it is identified that the intensive use of social media amplifies dynamics of violence and contributes to the reproduction of risk behaviours. Notably, there is also evidence of a tendency towards the normalisation of certain antisocial practices within everyday school life, reflecting processes of habituation to violence.

Keywords: Juvenile delinquency; social perception; school context; risk factors; adolescence.



1. Introducción

El acoso escolar, en un sentido más amplio respecto a la delincuencia juvenil dentro de las escuelas, es un fenómeno que sigue presente y que impacta de forma directa en el bienestar emocional, físico y social de los adolescentes. A veces se tiende a pensar que se trata de situaciones aisladas o de decisiones individuales, pero cuando uno se acerca un poco más a la realidad, se da cuenta de que el panorama es mucho más complejo. Estas conductas no surgen de la nada. Más bien, son el resultado de procesos que se van construyendo con el tiempo y que tienen mucho que ver con el entorno en el que viven los jóvenes.

Si lo vemos con calma, los adolescentes no actúan en el vacío. Todo lo que ocurre a su alrededor influye: la familia, la escuela, su grupo de amigos, incluso lo que ven en redes sociales. Y hay que tener en cuenta algo clave: la adolescencia es una etapa especialmente sensible. Es un momento de cambios intensos, de búsqueda de identidad, de querer encajar. En medio de todo eso, la necesidad de pertenecer y de ser reconocido por otros se vuelve central (Organización Mundial de la Salud [OMS], 2024). Esa necesidad puede hacer que muchos jóvenes sean más susceptibles a lo que pasa en su entorno, tanto para bien como para mal.

En ese sentido, la evidencia ha sido bastante clara: las conductas antisociales no aparecen de un día para otro. Se van formando poco a poco, a partir de experiencias acumuladas. Crecer en contextos de exclusión, convivir con violencia o sentir que las instituciones no responden como deberían son factores que dejan marca (UNICEF, 2019; Banco Mundial, 2020). Todo esto influye en cómo los adolescentes interpretan su realidad y en las decisiones que terminan tomando. Por eso, la escuela no puede entenderse solo como un lugar donde se aprende matemáticas o historia. También es un espacio donde se reflejan —y muchas veces se reproducen— dinámicas sociales más amplias, incluyendo conflictos, desigualdades y formas de relación que no siempre son saludables.

Desde la criminología contemporánea, cada vez se insiste más en que no basta con analizar al individuo de manera aislada. Es necesario mirar la relación entre la persona y su entorno, porque ambos se influyen mutuamente (Farrington et al., 2017; Loeber & Farrington, 2016). Esta perspectiva permite entender mejor por qué ciertas conductas aparecen y por qué, en algunos casos, se mantienen en el tiempo. En lugares como Chetumal, por ejemplo, investigaciones recientes han mostrado que factores como la incivildad social, la percepción de inseguridad y el debilitamiento de los lazos comunitarios generan un ambiente donde ciertas conductas dejan de percibirse como excepcionales y empiezan a normalizarse (Sánchez Méndez et al., 2024). Y eso cambia por completo la forma en que los jóvenes se relacionan con esas prácticas.

Ahora bien, no todo apunta en una sola dirección. También hay elementos que ayudan a contener y prevenir estas situaciones. Algunos estudios destacan que cuando existe cercanía entre las instituciones y la comunidad —lo que se conoce como proximidad social—, junto con relaciones basadas en la confianza, se generan condiciones más favorables para reducir este tipo de conductas (Sánchez Méndez et al., 2025; Sánchez Méndez & Herrera Mejía, 2025). Dicho de otra forma, cuando hay comunicación, presencia institucional real y vínculos sólidos, las posibilidades de intervención mejoran.

Al final, todo esto lleva a una conclusión bastante clara: la delincuencia juvenil en el ámbito escolar no puede explicarse de forma simple. Requiere entender el contexto completo en el que los adolescentes crecen, se relacionan y toman decisiones. Solo desde esa mirada más amplia es posible pensar en estrategias que realmente hagan una diferencia.



2. Metodología

El estudio se planteó desde un enfoque cualitativo con una intención muy clara: entender, desde la voz de los propios adolescentes, cómo viven y cómo interpretan la delincuencia juvenil dentro de la escuela. Más que centrarse en números o en medir conductas de forma rígida, lo que se buscó fue acercarse a su experiencia cotidiana. Es decir, conocer qué piensan, cómo ven lo que ocurre a su alrededor y de qué manera le dan sentido a situaciones que, muchas veces, forman parte de su día a día. Este tipo de aproximación resulta especialmente útil cuando se trata de fenómenos complejos, porque permite ir más allá de lo evidente y entrar en esas dimensiones subjetivas que no siempre se ven, pero que terminan influyendo de manera directa en la forma en que los jóvenes actúan y toman decisiones.

Para llevar a cabo el estudio, se optó por un diseño descriptivo-explicativo de corte transversal. Dicho de manera más sencilla, esto permitió observar el fenómeno en un momento específico, tal como ocurre en su contexto natural, sin intervenir ni modificar las dinámicas propias del entorno escolar. La idea era justamente esa: captar la realidad desde dentro, tal como la experimentan los estudiantes. En cuanto a la selección de los participantes, se utilizó un muestreo intencional. Es decir, no fue al azar, sino que se eligieron aquellos casos que podían aportar información relevante para comprender mejor el fenómeno. Se trabajó con estudiantes de tercer grado de secundaria, con edades entre 14 y 15 años, de distintas escuelas en Chetumal, Quintana Roo. Esta elección tiene sentido si se considera que es una etapa clave del desarrollo, donde se consolidan procesos de identidad, se intensifica la influencia del grupo de pares y las decisiones empiezan a tener mayor autonomía.

En lo que respecta a la recolección de información, la herramienta principal fue la entrevista semiestructurada. Este tipo de entrevista permitió mantener un hilo conductor —una guía temática—, pero al mismo tiempo dejó espacio para que la conversación fluyera y se profundizara en aspectos que iban surgiendo de manera natural. Un punto importante fue generar un ambiente de confianza. No se trataba solo de hacer preguntas, sino de propiciar un espacio donde los adolescentes se sintieran cómodos para hablar, para contar lo que viven y cómo lo ven, sin sentirse juzgados. Esa apertura fue clave para obtener información rica y con contexto. Posteriormente, las entrevistas se transcribieron y se analizaron mediante técnicas de análisis de contenido temático. A partir de ahí, comenzaron a aparecer patrones, ideas recurrentes y categorías que se fueron organizando, sobre todo en torno a factores familiares, escolares y sociales.

Ahora bien, para cuidar la calidad del estudio, se prestó atención a varios aspectos del rigor metodológico. Por un lado, se trabajó en la credibilidad, procurando que los hallazgos reflejaran con fidelidad lo que los participantes expresaron. También se buscó consistencia en el proceso de análisis, siguiendo una lógica clara y sistemática. Y, además, se consideró la posibilidad de que estos resultados puedan ser útiles o comprensibles en contextos similares, lo que tiene que ver con la transferibilidad.

Finalmente, el componente ético se tomó con la seriedad que implica trabajar con adolescentes. Se obtuvo el consentimiento informado, tanto de los participantes como, en su caso, de sus tutores. Se garantizó la confidencialidad de la información y se cuidó en todo momento la identidad de quienes participaron. Pero más allá de lo formal, también se procuró que el proceso fuera respetuoso, sensible y seguro, evitando cualquier situación que pudiera generar incomodidad. En conjunto, todo esto permitió no solo recolectar información valiosa, sino hacerlo de una manera responsable y coherente con el tipo de población involucrada.



3. Resultados

Los resultados dejan ver algo que, cuando se escucha directamente de los adolescentes, resulta bastante revelador: la delincuencia no se percibe como algo distante o excepcional, sino como parte de lo que ocurre todos los días. Para muchos de ellos, ciertas conductas ya están tan presentes en su entorno que dejan de llamar la atención. No significa necesariamente que las justifiquen o que estén de acuerdo, pero sí hay una especie de habituación. Es como si, con el tiempo, algunas situaciones se volvieran “normales”, simplemente porque se repiten. Esta forma de percibir la realidad no aparece de la nada; está muy ligada a la exposición constante a conflictos y, también, a la idea de que las respuestas por parte de las autoridades o de las instituciones no siempre son claras, oportunas o suficientes.

Cuando se empieza a profundizar un poco más en lo que dicen, surgen elementos que se repiten una y otra vez. Uno de los más visibles tiene que ver con el entorno familiar. Los conflictos en casa, las tensiones constantes o incluso la falta de comunicación aparecen como factores que influyen más de lo que a veces se reconoce. A esto se suma la ausencia de figuras de autoridad o, en algunos casos, una supervisión limitada. Pero no se trata solo de si hay reglas o no. Lo que muchos adolescentes dejan entrever es que también hace falta acompañamiento, alguien que esté presente, que escuche, que oriente. Cuando eso no ocurre, se generan vacíos importantes. Y en esos vacíos, manejar emociones, tomar decisiones o pensar en las consecuencias se vuelve mucho más complicado.

En ese contexto, no es extraño que los adolescentes busquen referentes fuera del ámbito familiar. Y ahí es donde el grupo de pares cobra una relevancia enorme. Los amigos, el círculo cercano, terminan teniendo un peso muy fuerte en la manera en que se comportan. No es solo cuestión de convivencia; es una necesidad de pertenecer. En esta etapa, encajar importa, y mucho. A veces la presión no es evidente ni directa, pero está ahí, en lo que se acepta, en lo que se celebra, en lo que se critica. Algunos adolescentes lo expresan de forma bastante clara: para no quedar fuera, hay que adaptarse. En ese proceso, ciertas conductas de riesgo pueden dejar de verse como algo problemático y pasar a entenderse como parte de la dinámica del grupo, casi como un requisito para ser aceptado.

Si se mira hacia el espacio escolar, el panorama tampoco es sencillo. Los estudiantes perciben que hay áreas donde la supervisión es limitada y donde los conflictos no siempre se atienden de la mejor manera. En ocasiones, sienten que las situaciones se minimizan o que las intervenciones llegan tarde, cuando el problema ya escaló. Esto va generando una especie de mensaje implícito: que algunas conductas pueden repetirse sin consecuencias claras. Y eso, poco a poco, termina afectando la convivencia y la forma en que se establecen los límites dentro del entorno escolar.

Ahora bien, hay un elemento que atraviesa todo esto y que hoy resulta imposible ignorar: las redes sociales. Los conflictos ya no se quedan en el salón de clases o en el patio de la escuela. Se extienden al espacio digital, donde muchas veces toman otra dimensión. Lo que empieza como un desacuerdo puede amplificarse rápidamente a través de comentarios, publicaciones o difusión de contenido. La exposición es mayor, el alcance es más amplio y, en muchos casos, la agresión se vuelve más persistente. Algunos adolescentes incluso mencionan que lo que ocurre en línea termina regresando al espacio escolar, generando ciclos de conflicto que son difíciles de romper.

Visto en conjunto, lo que muestran los resultados es un escenario complejo, donde no hay una sola causa ni una sola explicación. Más bien, se trata de una red de factores que se van entrelazando: la familia, los amigos, la escuela, el entorno social y el espacio digital. Todos influyen, todos aportan algo. Y en medio de todo eso, los adolescentes construyen su forma de entender lo que pasa y de actuar frente a ello. Esa combinación es la que termina dando forma a



conductas que, con el tiempo, pueden volverse recurrentes o incluso normalizadas dentro de su experiencia cotidiana.

4. Discusión

Los hallazgos apuntan en una dirección bastante clara: la delincuencia juvenil no se puede explicar con una sola causa ni con una respuesta simple. En realidad, lo que aparece es una combinación de factores que se van entrelazando: lo que sucede en la familia, lo que ocurre dentro de la escuela y lo que se vive en el entorno social más amplio. Ninguno de estos elementos actúa por separado. Más bien, se influyen entre sí y, con el paso del tiempo, generan efectos que se van acumulando. En la práctica, esto se traduce en experiencias cotidianas que, casi sin que se note, van moldeando la forma en que los adolescentes entienden las normas, toman decisiones y reaccionan frente a distintas situaciones.

Si uno lo piensa en términos concretos, no se trata solo de un evento puntual, sino de una serie de vivencias que se repiten. Por ejemplo, la manera en que se resuelven los conflictos en casa, el tipo de disciplina que se aplica en la escuela o la forma en que se relacionan con su grupo de amigos. Todo eso va dejando huella. Poco a poco, se construyen ciertos referentes: qué está permitido, qué no, qué tiene consecuencias y qué pasa desapercibido. Y cuando esos mensajes son ambiguos o inconsistentes, los adolescentes terminan moviéndose en un terreno donde los límites no siempre son claros.

Desde esta perspectiva, resulta limitado —y en cierto modo injusto— señalar únicamente a la familia o a la escuela como responsables. Claro que ambos espacios tienen un papel clave, pero también es cierto que funcionan dentro de condiciones que no siempre son favorables. Las desigualdades sociales, las dificultades económicas, la falta de acceso a oportunidades y la debilidad de algunas instituciones influyen directamente en cómo se vive la crianza y en cómo se gestiona la convivencia escolar (Banco Mundial, 2020). En ese sentido, la violencia juvenil no puede entenderse solo como un problema individual o como una falla puntual de ciertas figuras de autoridad. Más bien, es una expresión de dinámicas sociales más profundas que terminan impactando en la vida diaria de los jóvenes.

Cuando se observa el panorama completo, se vuelve evidente que no basta con intervenir de manera aislada. Por eso, han empezado a cobrar relevancia algunas propuestas que buscan trabajar desde un enfoque más cercano al contexto. Un ejemplo de ello son las estrategias basadas en la proximidad social y la participación comunitaria. En términos sencillos, se trata de generar mayor cercanía entre las instituciones y la comunidad, abrir canales de comunicación y construir relaciones basadas en la confianza. Puede sonar básico, pero cuando hay presencia real, cuando las instituciones no se perciben como lejanas, se crean condiciones mucho más favorables para prevenir conductas delictivas (Sánchez Méndez et al., 2025). No es solo cuestión de intervenir cuando el problema ya está presente, sino de construir vínculos que ayuden a evitar que escale.

A esto se suma otra perspectiva que vale la pena considerar: la resiliencia social. Este enfoque propone cambiar un poco la mirada. En lugar de centrarse únicamente en los riesgos o en lo que está fallando, pone atención en las capacidades que tienen las personas y las comunidades para enfrentar situaciones adversas. Es decir, no se trata solo de reducir problemas, sino también de fortalecer recursos. En el caso de los adolescentes, esto implica trabajar en habilidades socioemocionales, fomentar redes de apoyo y generar oportunidades que les permitan desarrollarse de manera más positiva (UNESCO, 2021).

Visto así, la prevención de la delincuencia juvenil deja de ser una tarea reactiva y se convierte en un proceso más amplio. No basta con atender las consecuencias cuando ya aparecieron. Es necesario intervenir en las condiciones que las hacen posibles: los vínculos, los entornos, las



oportunidades. En el fondo, de lo que se trata es de construir escenarios donde los adolescentes tengan más herramientas para tomar decisiones distintas. Porque, al final, entender el problema de forma integral también abre la puerta a soluciones más completas y sostenidas en el tiempo.

5. Conclusión

La delincuencia juvenil en contextos escolares, si se mira con un poco de detenimiento, difícilmente puede explicarse como algo que surge de la nada o como una simple suma de decisiones individuales. Más bien, es el resultado de procesos que se van tejiendo poco a poco en la vida cotidiana de los adolescentes. Tiene que ver con lo que viven en casa, con lo que experimentan en la escuela y con lo que observan en su entorno más cercano. Ninguno de estos espacios funciona de manera aislada. Al contrario, se conectan constantemente y terminan influyendo, de forma directa o indirecta, en cómo los jóvenes interpretan lo que les pasa y en cómo actúan frente a distintas situaciones.

Si uno lo piensa en términos más concretos, cada experiencia va dejando cierta huella. La forma en que se manejan los conflictos en la familia, el tipo de relación que se establece con figuras de autoridad, la manera en que se resuelven los problemas dentro del aula o incluso lo que se valida dentro del grupo de amigos... todo eso va configurando una especie de marco de referencia. Y es justamente dentro de ese marco donde los adolescentes toman decisiones. Por eso, intentar entender estas conductas mirando solo una parte del problema termina siendo insuficiente. Hace falta ver el panorama completo, con todas sus conexiones y matices.

Desde ahí, resulta bastante evidente que las respuestas no pueden ser parciales. No alcanza con intervenir únicamente en la escuela o centrarse solo en la familia. Lo que se requiere es una mirada más amplia, que articule esfuerzos entre distintos espacios. Las estrategias preventivas, en ese sentido, tienen que pensarse de manera coordinada, involucrando a la comunidad educativa, a las familias y al entorno social en general. Y no se trata solo de reaccionar cuando el problema ya está presente, sino de trabajar en procesos más sostenidos: fortalecer habilidades socioemocionales, mejorar la convivencia, generar espacios de diálogo y, sobre todo, reconstruir vínculos. Cuando estos elementos se cuidan, se crean condiciones más favorables para que los adolescentes tengan otras herramientas al momento de tomar decisiones.

Otro aspecto que aparece como clave es la intervención temprana. Actuar a tiempo puede marcar una diferencia importante. Muchas de estas conductas, cuando no se atienden, tienden a repetirse y, con el tiempo, pueden consolidarse. En cambio, cuando se identifican a tiempo y se trabaja de manera preventiva, las posibilidades de cambio son mucho mayores. En esta línea, la cercanía de las instituciones —lo que se conoce como proximidad institucional— juega un papel fundamental. No se trata solo de presencia física, sino de generar confianza, de establecer canales de comunicación reales y de mostrar que hay acompañamiento. Cuando los adolescentes perciben que las instituciones están ahí, de manera accesible y constante, es más probable que las estrategias de prevención tengan impacto.

Ahora bien, hay un elemento que a veces se pasa por alto y que, en realidad, es central: escuchar a los propios adolescentes. Entender cómo ven su entorno, qué piensan, qué sienten y cómo interpretan lo que viven permite ajustar mucho mejor cualquier intervención. No es lo mismo diseñar estrategias desde fuera que construirlas tomando en cuenta sus experiencias. Al final, ellos no son únicamente sujetos sobre los que recae el problema; también son parte de la solución. Reconocerlos como actores clave implica darles voz, involucrarlos y considerar sus perspectivas en la toma de decisiones.

En conjunto, todo esto lleva a replantear la forma en que se aborda la delincuencia juvenil en el ámbito escolar. Más que respuestas inmediatas o aisladas, lo que se necesita son procesos



integrales, sostenidos y sensibles al contexto. Porque, en el fondo, generar entornos más seguros no depende solo de contener conductas, sino de transformar las condiciones en las que estas se originan. Y eso, necesariamente, implica trabajar con los adolescentes, no únicamente sobre ellos.

Referencias Bibliográficas

- Banco Mundial. (2020). Youth at risk: Supporting at-risk youth in Latin America and the Caribbean. World Bank. <https://documentos.bancomundial.org/es/publication/documents-reports/documentdetail/306271468054545497>
- CEPAL. (2022). Juventud y desigualdad en América Latina. Comisión Económica para América Latina y el Caribe. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/48518-panorama-social-america-latina-caribe-2022-la-transformacion-la-educacion-como>
- Farrington, D. P., Gaffney, H., & Ttofi, M. M. (2017). Systematic reviews of explanatory risk factors for violence, offending, and delinquency. *Aggression and Violent Behavior*, 33, 24–36. <https://psycnet.apa.org/record/2017-01360-001>
- INEGI. (2023). Estadísticas de seguridad pública. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. <https://www.inegi.org.mx/programas/cnspe/2023/>
- Loeber, R., & Farrington, D. P. (2016). Young children who commit crime: Epidemiology, developmental origins, risk factors, early interventions, and policy implications. Springer. https://www.acjs.org/?gad_source=1&gad_campaignid=20667317440&gbraid=OAAAAAqVBj004-Py3psGash5lZr7lBSVa&gclid=Cj0KCQjw77bPBhC ARIsAGAjv808-zaffXWzKU53qHeyxARbkoQ YAf QIrPY9bv Qg3LB4E9WXU8oaAqYQEALw wcb
- OMS. (2024). Violencia juvenil: Informe mundial. Organización Mundial de la Salud. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/youth-violence>
- OCDE. (2021). Risks that matter 2020: The long reach of COVID-19. OECD Publishing. https://www.oecd.org/en/publications/risks-that-matter-2020-the-long-reach-of-covid-19_44932654-en.html
- Save the Children. (2020). Violencia escolar en México. Save the Children México. <https://www.savethechildren.net/news/2024-review-one-three-children-conflict-and-fragile-countries-out-school-new-analysis>
- Sánchez Méndez, L. G., & Herrera Mejía, C. M. (2025). Inseguridad y estrategias comunitarias ante factores de riesgo urbano: Un estudio etnográfico en la Colonia Los Palomos, Chetumal, Quintana Roo. *Imperium*. <https://doi.org/10.63969/xkz51t38>
- Sánchez Méndez, L. G., Quintal García, N. A., & Ganzo Olivares, J. (2024). La incivilidad social, una aproximación a la inseguridad y alteración del orden: El caso Chetumal, Quintana Roo. *Estudios y Perspectivas Revista Científica y Académica*, 4(3), 3006–3027. <https://doi.org/10.61384/r.c.a.v4i3.595>
- Sánchez Méndez, L. G., Quintal García, N. A., Ganzo Olivares, J., & Cauich Jiménez, G. (2025). Laboratorio de diseño y evaluación de proximidad social: Un modelo técnico policial para la generación de confianza y certeza ciudadana en Chetumal, Q. Roo. *Star of Sciences*



Multidisciplinary Journal, 2(2), 1-15. <https://doi.org/10.63969/rzrbe958>

Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. (2024). Incidencia delictiva del fuero común. Gobierno de México. <https://www.gob.mx/sesnsp/documentos/historico-de-incidencia-delictiva-del-fuero-comun>

UNESCO. (2021). Reimaginar juntos nuestros futuros: Un nuevo contrato social para la educación. UNESCO. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379381_spa

UNICEF. (2019). Violencia contra niñas, niños y adolescentes en México. UNICEF México. <https://www.unicef.org/mexico/protecci%C3%B3n-la-ni%C3%B1ez-y-adolescencia>

UNODC. (2018). Global study on homicide 2019. United Nations Office on Drugs and Crime. <https://www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/global-study-on-homicide-2019.html>

Conflicto de Intereses: Los autores declaran que no tienen conflictos de intereses relacionados con este estudio y que todos los procedimientos seguidos cumplen con los estándares éticos establecidos por la revista. Asimismo, confirman que este trabajo es inédito y no ha sido publicado, ni parcial ni totalmente, en ninguna otra publicación.